

## **EL TORO DEL AGUARDIENTE**

**Finalista en el III Concurso de Relato Corto La Encerrona - 2006**

**Autor: José María HURTADO EGEA**

Las calles, Jardinillo, Amargura, Jazmín y el resto que circundan la plaza de toro, se llenan de agitación, pese a lo inoportuno de la hora, las cuatro y media de la tarde, de un caluroso mes de julio y para colmo, con viento de Levante en calma, donde el sol se desploma, pesado como el plomo.

El termómetro apunta los cuarenta grados, el “Lorenzo” está en la vertical y los “chinos” que adoquinan las calles están calientes como si estuviesen en la candela y, sen embargo, los carros siguen circulando y los borricos con los serones llenos van de casa en casa y de taberna en taberna. Reparten pellejos de vino, chorizos y jamones, quesos de la Sierra y cuantas viandas pudiera apetecer el mismo Pantagruel.

Todo tiene que estar preparado para dos horas después, que es cuando la marinería y tropa franca de servicios salen de los buques y cuarteles, y ansiosos de placeres carnales mercenarios, buscan con avidez las numerosas casas de lenocinio asentadas en la zona, motándose el apacible paisaje de carros y burros por la vigilancia militar y los municipales, en un intento, casi vano, de poner un poco de orden en esa Sodoma y Gomorra en pequeña escala, que es el lugar de referencia.

La manzana que abraza esas calles, linda con la plaza de toros de La Isla. El coso taurino, apenas tiene la treintena de años, y es una plaza pequeñita, de tan chica, que por no tener, no tiene ni callejón, pero muy agradable a la vista. Sus gradas son de mampostería y el segundo piso de madera. Nunca se colgó en las taquillas el “no hay papel” en ella, porque el reposapiés del espectador es inexistente, y lo que a uno le sirve para colocarlos, -los pies-, a otro le sirve para sus posaderas, encajadas entre las piernas abiertas del taurómaco situado arriba.

La plaza también está preparada para la corrida de mañana y está a la espera de la llegada del ganado, que desde una ganadería de Alcalá de los Gazules, trashuman campo a través arropados por una parada de sabios bueyes y sus correspondientes honderos y garrochistas.

Los mozalbetes deseosos de fama, triunfos y pedestales, aguardan a la piara en los glacis de las vetustas fortificaciones de la entrada a la Isla, resguardándose entre las raídas troneras de espavientos imprevistos, pero con la mala intención de apartar un

toro, desmandarlo y poderlo torear en las salinas circundantes, por lo que al menor atisbo de la acción preparatoria, los honderos que abren el camino, lanzan soberbios mensajes en forma pétrea, de advertencia el primero, y al cuerpo los siguientes.

Alardes disuasorios, en la más pura teoría.

El toro desmandado no es útil para la lidia, con la consiguiente pérdida para el ganadero, pero la labor de volverlo a la manada es cosa de los acompañantes, que cuando ven que les queda escasos minutos para acabar la labor, y han de hacer galopar a los caballos y rodearlo, todo ello después de las dos jornadas de marcha continua, tragando todo el polvo del mundo, en pleno verano, hace fatigosa su consecución.

Se prepara una noche de fiesta continua, porque es sabido por la generalidad, que los últimos tranvías vienen abarrotados de Cádiz para ver al “toro del aguardiente”.

Al “toro del aguardiente”, se le llama así por salir a tempranas horas, justo cuando el personal trasiega la copita de tan explosivo licor antes de comenzar la jornada laboral, (ahora el Gobernador Civil le quiere llamar “toro de prueba”). Consiste en un toro del mismo hierro del de la corrida, que se suelta por los alrededores de la plaza de toros, y que en el caso de la Isla, coincide con lo que los sudamericanos llaman “zona de tolerancia”. Al toro lo encierran en un cajón y se le lleva hasta un muelle cercano, para desde allí, soltarlo y dejarlo corretear por las susodichas calles, mirando asombrado, unas veces a los borrachines que lo jalean, y otras a los aficionados y futuros ases de la torería, que con una chaqueta vieja, un trozo de renegrida muleta o una simple gorrilla quieren emular a Lagartijo y a Guerrita.

Una vez que ha sido el “toro del aguardiente”, víctima de mil perrerías y con un palmo de lengua afuera, cansado y maltrecho, se le conduce a la plaza de toros, para una vez allí, ser lidiado por un sobresaliente, (en razón a las facultades de ambos), y lo mata, si bien, se dio un caso, hace algunos años, en que el bicho, -un ensabanado con un enorme cornalón-, paseó sólo por el encierro, de tanto miedo como originaba su sola presencia, y sólo y sin algarada entró en la plaza. Lo tenía que matar Domingullo, un novillerote de baja estatura, aún verde en el oficio, y en viendo lo bronco del toro, personalmente, se encontraba remiso al enfrentamiento, pero estando en las gradas el célebre Mazzantini con su peón Galea, que hacían, como muchos otros matadores, parada y fonda en Cádiz, antes de embarcarse para hacer la temporada americana, se tiraron al ruedo y ayudaron a Domingullo en la ardua faena.

En el patio del número siete de la calle Jardinillo se contempla la figura de un cabo de Infantería de Marina sentado en él y con las piernas abiertas, el correaje desabrochado y el machete arrastrando por el suelo, que tanto en tanto, bate las palmas y grita:

-¡Que es la hora, todos a bordo!

Del piso superior bajan algunos marineros y soldados, los primeros con las portañuelas abiertas y en apresurado cerramiento, porque no hay artilugio más maléfico que la bragueta de un uniforme de marinero, en caso de que la necesidad requiera que se abra o que se cierre; portañuela, así se le llama porque es la fiel hechura de la porta de un cañón, que abate noventa grados hacia abajo, antes o después de sacarlo.

Maribel, es una mujer un poco talludita, pero con un cuerpaceo cuya visión provoca mareos; habla como la gente de los campos de Medina o Alcalá. Dicen las lenguas, viperinas en su mayor parte, que era una hacendosa ama de casa, casada y sin hijos, pero tuvo un capricho con su vecino, también casado, y en habiéndose descubierto el lío, se vino a la Isla para vivir de lo que pudiera y le iba bien, porque a tres pesetas el trabajo, eliminaba a los militares sin graduación, salineros, hortelanos y demás depauperados de la última franja social, y estaba al capricho de oficiales, profesionales liberados y comerciantes poderosos. Una vez acabada su faena, se escamonda en un palanganero que hay en su habitáculo: jofaina desportillada, palangana desportillada, trozo de jabón verde, y mugrienta toalla, que su instinto le apunta, deberá cambiarla para la velada o jornada vespertina inminente.

Hoy viene su Tomás, gaditano capitalino de muchos posibles y mejores hallares, solterón y cincuentón que, parece, está loquito por ella, ya que le hecho veladas propuestas de ponerle una casa y quitarla del negocio.

Tomás, como muchos otros, es fiel al antiguo dicho de *“ir a por atún y a ver al Duque”*, por lo que vienen a “dormir” con Maribel, en su caso, o con la Conchi o con la Paca, para que, previo estipendio de cuarenta reales, tener placer, fonda y palco, revolera final para una venturosa noche y festiva mañana para ver el “toro del aguardiente”.

La noche ha sido muy tempestuosa. Con el calor, la mayoría de las ventanas están abiertas de par en par y son mucho los ojos para mirar, por lo que los incidentes se limitaron a un intento de agresión de un marinero borracho a la vigilancia, que ellos mismos solucionaron con golpe de empuñadura de machete, siendo luego depositado en

los calabozos de la cercana Capitanía General, y a eso de las cinco de la mañana, otra bronca entre un “señorita” con un “listo”, que no quiso pagar el abono de lo consumido. Los municipales subieron escalera arriba con los sables desenvainados y el sujeto, después de pagar fue conducido a la Prevención Municipal.

Con las claras del día, el estampido provocado por un cohete indica la salida del toro, el comienzo de tan festivo preámbulo de la corrida de la tarde.

Un *colorao ojoperdiz*, sale del cajón, cerca del muelle del Zaporito, deslumbrado por un sol naciente que le da en los ojos y, como sonámbulo, en un trote cansino encara la calle San Marcos. Hay pocas personas en el primer tramo de su discurrir, y los pocos que hay lo jalean hasta conducirlo a la calle Jazmín donde, debido a la estrechez de la misma, ofrece más posibilidades de recortes y pases, aunque el bicho derrote contra las paredes y las puertas. De los cierros cuelgan, como racimos de uva los aficionados menos valientes, que se limitan a agarrarse al hierro con una mano y a llamar la atención del morlaco con la otra. Las azoteas están a reventar, precisamente las que pertenecen a esas casas de dudosa moral, por aquello de que los visitantes de la noche, han obtenido derecho a palco gratis.

Después de algunos derrotes al aire, el *colorao ojoperdiz* le toma la querencia a la puerta de una taberna, refugio de borrachos en potencia, dada la hora, y en efectivo en el próximo intervalo de tiempo hasta el mediodía.

Los aficionados de postín, componen su figura y pretenden torearlo, vano intento, ya que el burel deja clara su intención de no dejarse torear.

Por la calle Amargura se incrementa el número de espectadores, en proporción con la altura que va tomando el sol, y entonces el morlaco pega sus buenos corralones en culos y pernas de aprendices de torero y valentones eventuales, afortunadamente sin consecuencias posteriores.

El “Toro del Aguardiente” aboca a la entrada a la plaza; su respiración está entrecortada, la lengua cae como un delantal, la espuma le llena el hocico como una gorguera, y casi al paso, pisa el albero, aún con fuerza para aventar a la numerosa muchachada que lo ha venido siguiendo, o abriéndole camino, según.

El “Niño Laverde” es el sobresaliente, que mira con ojos de espanto y faz desencajada al toro *colorao ojoperdiz*, que a estas alturas es licenciado en latín y embiste a los cuerpos en un alarde acierto.

El “Niño laverde”, después de haber oteado el paisaje de la Isla desde las alturas en varias ocasiones, mata al bicho, no de un disgusto, pero casi, de tantos sablazos como le propina.

Los visitantes de la noche salen de las casas en dirección a la parada del tranvía para Cádiz o para otros puntos de la Isla.

Llega la paz matutina a las calles Amargura, Jardinillo y Jazmín.

La “zona de tolerancia” ha recuperado su peculiar tranquilidad de las mañanas.

El viento de Levante hace serios intentos de apropiarse el protagonismo que ha tenido el “Toro del Aguardiente”, y remueven los papeles, que juegan a la rueda a su compás.

Algunas figuras de mujeres, se encaminan a la cercana iglesia para cumplir con el precepto de la misa dominical.

Las amas de casa se aplican a los lebrillos de lavar y las sábanas, como buque empavesado, gualdrpean en las azoteas, oreándose, blancas e inmaculadas.

Todo es sosegada quietud que durará hasta dos horas antes del comienzo de la corrida.